

REVISTA DE HISTORIA Y GEOGRAFÍA
DIRECCIÓN
PUBLICATIONS HISTORIQUES

Acerca del tratamiento de la fuente histórica

Pablo Montero*

Toda definición de fuente histórica, aunque sea un intento aproximativo, va a proponer o por lo menos va a presuponer una idea del hombre y de su quehacer en el mundo; lleva implícita, y a su vez estará determinada, por una particular concepción de la historia; por todo ello es necesario abordar aunque sea en forma sucinta estas cuestiones ante la pregunta: ¿Qué es fuente histórica?.

La palabra *historia* se utiliza cotidianamente de manera ambigua y confusa para expresar, entre otras, dos ideas distintas de lo que es la historia: como acontecer y como conocimiento. Veamos en detalle: por un lado una persona habla de "historia" al referirse a lo acontecido, a ese dato del pasado que, como lo precisa Marc Bloch, "ya nada habrá de modificar", que se ha producido independientemente de que se le conozca bien o mal, o que simplemente se le desconozca en absoluto, lo cual significa que ese "acontecer" existe en sí y por sí al margen de la idea o representación que el "yo" (sujeto cognoscente) tenga o no de él. La principal característica de esta "historia" como acontecer es su irrepetibilidad: si lo que ocurrió es inmodificable, el historiador no podrá ni experimentar sobre ello, ni comprobar, al menos en los términos que lo permite las ciencias físico-naturales¹. Pero también se habla de "histo-

ria" cuando alguien se refiere a la producción de un historiador sobre un determinado tema, o a la información vertida a través de las instituciones educativas; a esta modalidad le podemos llamar con mayor rigor historia como "conocimiento" (toda producción historiográfica), cuya diferencia esencial con la otra historia consiste en que se halla en permanente modificación y cambio. Una *existe* al margen del sujeto cognoscente, *es* la materia que éste analizará como objeto; la otra, al ser producto del trabajo de ese sujeto-historiador, no existe independiente de él².

Ahora bien, esta diferenciación en el acontecer histórico no se presenta de manera atomizada, sino como momentos de un proceso: La historia como "conocimiento" estudia a los hombres y sus relaciones (con la naturaleza y entre sí) en las coordenadas tiempo y espacio, es decir que su objeto de estudio es la historia como "acontecer", pero el historiador al realizar esta actividad produce conocimiento histórico y por ende *produce un acontecer* que, aunque de carácter intelectual incide y se integra a la cadena fáctica de los hechos humanos (esto permitirá ulteriormente dar una justificación y un papel "histórico" al propio historiador y a su labor profesional). La relación entre el historiador y su objeto se nos presenta así con una serie de limitaciones: imposibilidad (en la gran mayoría de los casos) de obser-

* Especialidad de Historia, ENAH.

¹ Este tema lo trata ampliamente Marc Bloch en el capítulo II (La observación histórica) del libro *Introducción a la historia*, F.C.E., Brevario 64, México D.F., 1979.

² Bloch, Marc. *Op. cit.*

vacación personal³, de experimentación, de comprobación por lo que todo historiador se ve obligado a recurrir a lo que el acontecer ha tenido a bien dejarle: las *huellas*. Pero ¿a qué huellas debe dirigirse el historiador? La respuesta la hallaremos en el objeto de estudio: los hombres y sus relaciones en el espacio y el tiempo; por lo tanto *todo* lo que el hombre ha hecho, dicho, escrito, pensado, fabricado. . . en fin, todo lo que el hombre ha producido nos puede “informar” de su creador y de sus relaciones. De lo anterior se desprenden las siguientes conclusiones:

1. Todo lo acontecido en relación a los hombres, todos los hechos, son susceptibles de ser valorados por el historiador como “hechos históricos”.

2. Por lo tanto todas las huellas humanas que nos han llegado y que “nos informan” de su productor, son susceptibles de ser utilizadas por el historiador y por ende transformadas por éste en “fuente histórica”.

3. Pero este “nos informan” es una metáfora, ya que las huellas no informan por sí solas, sino cuando el historiador las cuestiona, las interroga, las analiza y aquí reencontramos una problemática ya esbozada: por un lado las huellas existen independientes del sujeto que conoce, por otra sólo adquirirán la categoría de fuentes cuando ese mismo sujeto les otorgue tal valor.

4. La “conversión” de la huella en fuente se produce cuando el historiador ha realizado una selección de lo que a su criterio es significativo y la procesa con una metodología y técnicas específicas. Esto implica que el problema de la fuente histórica, su selección y procesamiento están indisolublemente unidos a la concepción historiográfica del historiador y que por lo tanto toda investigación debe incluir el análisis de los aspectos ideológicos subyacentes, lo que impide un concepto puramente técnico —léase neutro— de las fuentes históricas.

Un claro ejemplo de lo anterior lo encontramos en las diversas perspectivas desde las que se pueden abordar el estudio de los códices mexicanos: por un lado encontramos el tratamiento clásico que consiste en entenderlos como una expresión plástica ideográfica que por lo tanto debe ser *interpretada*; esta posición les niega la categoría de “escritura” a partir

del concepto tradicional de la misma. Sin embargo, otras corrientes de análisis partiendo de investigaciones más recientes y desechando este punto de vista por ser eurocentrista, define el códice como “Un sistema de escritura constituido por una curiosa y compleja mezcla de expresión pictórica y de transcripción fonética, la que aún no ha sido estudiada en su conjunto”⁴. Esta manera de considerar la fuente posee implicaciones completamente distintas, pues en este caso se tratará de *leer* el manuscrito pictográfico de acuerdo a las convenciones que el propio sistema de escritura tenga; obviamente los resultados del análisis de la *misma* fuente serán claramente divergentes según se parta de una concepción o de otra.

Tampoco es neutra la afirmación de que “toda huella es susceptible de ser transformada en fuente informativa”, ya que parte de una determinada concepción de la historia como totalidad que encuentra todavía hoy una tenaz oposición en extensos ámbitos de historiadores con una vigorosa tradición positivista que desestima (o minimiza) toda fuente no escrita. Subyace en la posición positivista la concepción de lo que *aún no es* historia, lo pre-histórico, lo pre-escrito; pasan por alto casi la totalidad de las fuentes denominadas secundarias y absolutamente toda fuente contemporánea, otorgando su predilección, como es lógico, a todo documento que cuente con más de un siglo de antigüedad y preferentemente con las validaciones jurídicas: esto significa reducir el espacio de la investigación a la documentación de carácter oficial, diplomático, administrativo, etc. que desembocan en la producción de relatos fácticos de índole político, militar, eclesiástico. . . en resumen la historia de los “grandes hombres”, con el único hilo lógico que pueda brindar la cronología. Sin embargo el desarrollo de la historiografía reciente, aunado al importante avance de otras disciplinas sociales como la sociología, la antropología, la lingüística, la economía, la psicología social, etc. han permitido superar los estrechos márgenes en que deambulaba el positivismo, introduciendo en el análisis más allá de “los” grandes hombres, “los” grandes hechos, un espacio de reflexión acerca de la cotidianeidad, las formas de organización, los sistemas de parentesco, los aspectos comunicacionales, la sexualidad, las mentalidades, etc. en síntesis de todo

³ Con excepción del historiador de la contemporaneidad, que en excepcionales ocasiones tiene la posibilidad de observación directa del fenómeno que le interesa; creo importante agregar que además del carácter en extremo difícil de dicha posibilidad, cuando acontece, la percepción obtenida es tan parcial y restringida que aporta poco a la elaboración del conocimiento.

⁴ Este planteamiento se encuentra desarrollado en su totalidad en el texto de Joaquín Galarza *Estudios de escritura indígena tradicional Azteca-náhuatl*; Archivo General de la Nación, México D.F., 1980.

aquello en donde el hombre esté presente, correspondiendo al historiador el deber de aportar la variable temporal; el sentido de proceso que también permita a las otras disciplinas adquirir una dimensión diacrónica.

Cada realidad que se estudie impondrá las formas de análisis más convenientes; en algunos casos será más viable una organización temática del material, en otras la cronológica permitirá mejores apreciaciones; en determinadas circunstancias, categorías como "estructura" serán más útiles que otras como "clase social" o "sistemas de parentesco"; de la misma manera el tema requerirá de diversas pautas de periodización, o bien se emplearán estudios diferenciales aplicándose, según el caso, criterios de corta, mediana o larga duración; se pueden utilizar formas retrospectivas de presentación o al contrario exponer de lo más remoto a lo más reciente. Cada época planteará técnicas diferentes: de datación arqueológica, de lectura paleográfica al especialista en la época colonial. La profusión informativa y periodística que caracteriza a la contemporaneidad requerirá de técnicas más funcionales y cuantificables de relevamiento y fichado, incluso de la utilización amplia de sistemas de computadorización de datos. Sin embargo, el análisis crítico de las fuentes plantea formas de tratamiento común a todas ellas que es necesario destacar y que deben formar parte del arsenal básico de todo historiador, a saber: la *crítica externa* (fecha de confección, lugar, autor) con el objeto de dilucidar la *autenticidad* diplomática y formal y la *crítica interna* o de contenido cuyo objeto es determinar los grados de *veracidad* de la pieza documental; esta última se denomina también crítica histórica. La aplicación de ambas formas críticas requiere de operaciones que podemos reunir en tres grandes grupos:

I. Confrontación

II. Comparación

III. Contextuación.

I. La confrontación consiste en el análisis de dos piezas documentales que se contradicen mutuamente y en donde las únicas alternativas son que una de ellas sea inauténtica o no veraz, o en todo caso que ambas sean falsas; el principio lógico subyacente en la operación es el de *no contradicción* según el cual una cosa no puede ser y no ser al mismo tiempo. En realidad la confrontación no es sino una forma muy específica y limitada de comparar, por lo tanto la operación de comparación la contiene.

II. La comparación consiste en cotejar diferentes piezas documentales entre sí, independientemente de que concuerden o se contradigan. La operación se guía por el "principio de semejanza limitado", según el cual existe la similitud que desacredita (caso de "originales" cuya autoría se la atribuyen distintas personas) o la disimilitud que también desautoriza (caso anterior de confrontación); el principio lógico que rige este método es el de *identidad* al enunciar que una cosa es igual a sí misma y distinta a toda otra.

III. Finalmente el historiador, al tratar sus fuentes, realiza la operación más compleja que es la de contextualizar cada pieza documental con el fin de determinar si en efecto responde a los cánones vigentes en la época de la que se supone es el documento; "la idea que ahora guía la argumentación es que en la misma generación de una misma sociedad reina una similitud de costumbres y de técnicas demasiado fuertes para permitir que ningún individuo se aparte sensiblemente de la práctica común. . . en resumen, el postulado es aquí de orden sociológico"⁵. Sin embargo si profundizamos en el enunciado de Bloch encontraremos que la contextualización no es *una sola* operación, sino que está constituida por una gran cantidad de comparaciones y confrontaciones y su complejidad deviene de que en el análisis se emplean de manera combinada tanto el principio de no contradicción como el de identidad, abarcando igualmente el estudio de procedencia.

Para aclarar y demostrar lo enunciado, considero conveniente ofrecer algunos ejemplos de tratamiento de las fuentes. Una excelente posibilidad de comparación y confrontación nos la ofrece el texto de la "Historia General de las Cosas de la Nueva España" escrita por Fray Bernardino de Sahagún, ya que en su edición reciente de Porrúa⁶, se encuentran en realidad *dos* textos: por un lado el del franciscano y por otro la traducción castellana del texto de los "informantes" indígenas, versión obtenida del náhuatl por Angel María Garibay.

Esto nos permite comenzar por la realización de un *análisis de procedencia* con la información existente sobre los autores.

La elaboración del texto fue realizada en varias etapas: de 1547 a 1555 tuvo lugar la recolección de

⁵ Bloch, *Marc Op. cit.*, cap. III (La crítica) p. 90.

⁶ Sahagún, Bernardino de *Historia general de las cosas de la Nueva España*; Editorial Porrúa, Col. Sepan cuantos; México D.F., 1975, 3a. edición.

información en Tepepulco (Tezcoco), en 1561 se “enmendó, declaró y añadió en el Colegio de Santa Cruz de Tlatelolco lo traído de Tepepulco” y hacia 1569 Sahagún acabó de “sacar en blanco y se comenzaron a romancear”.

De Sahagún sabemos que era español; nació hacia el 1500 y tras vivir 90 años, habría muerto en 1590. En 1529, ya sacerdote franciscano, se trasladó a la Nueva España —a sólo siete años de la Conquista y destrucción de México-Tenochtitlán— con el objetivo de “evangelizar”. Fue instructor en el Colegio de Santa Cruz de Tlatelolco en donde se intentó adaptar la enseñanza de los Evangelios a ciertas modalidades y cosmogonías indias preexistentes a partir del conocimiento de las lenguas de la tierra “y de las costumbres de los naturales”. En líneas generales, la acción de Sahagún se ajusta a una clara y consciente labor contrareformista cuya principal base europea fue España y que, trasladada a América, implicó un proyecto de colonización fundamentado ideológicamente en la evangelización. La posición del autor frente al hecho colonial y sobre las modalidades que éste debía poseer en su implantación, nos lo dice en el Prólogo: “El médico no puede acertadamente aplicar las medicinas al enfermo sin que primero conozca de que humor, o de qué causas proceda la enfermedad; de tal manera que el buen médico conviene sea docto en el conocimiento de las medicinas y en el de las enfermedades, para aplicar convenientemente a cada enfermedad la medicina contraria”⁷.

De los indios que informaron durante la recolección de datos en Tepepulco y Tlatelolco, no poseemos mayor información, salvo de que proporcionaron informes orales en náhuatl de lo que ellos vivieron y recordaban. En cambio sí tenemos mayores datos sobre los “colegiales latinos”, mal llamados “informantes de Sahagún”, sobre cuyas espaldas recayó la mayor parte de la labor. Serían cuatro o cinco, actualmente se les llamaría trilingües (pues dominaban el náhuatl, el español y el latín) y sus nombres eran: Antonio Valeriano (que llegó a ocupar el cargo de Rector del Colegio de Santa Cruz), Alonso Vegerano, Martín Jacovita (también Rector del Colegio), Pedro San Buenaventura y, quizás un quinto, Andrés Leonardo: dos de Tlatelolco, dos de Cuautitlán y uno de Atzacapozalco.

Respecto de la enseñanza impartida en el Colegio, sabemos lo siguiente: desde muy temprano (1538) se adaptaron pequeñas piezas teatrales al náhuatl, en particular autos sacramentales, que se representaban con objetivos de evangelización; entre las más conocidas de estas obras dramáticas-didácticas tenemos “La Conquista de Jerusalén”, el “Sacrificio de Abraham”, la “Conversión de San Pablo”, el “Juicio Final” (seis o siete obras en total en el siglo XVI). Durante el mismo siglo se trabajó también en la traducción al náhuatl de Catecismos, Doctrinas, Exposiciones, Repertorios de Predicación (Sermonarios) y textos hebreos y griegos; se ha encontrado en la Biblioteca Nacional de México “La Consolidación filosófica” de Severino Boecio. Todo esto permite afirmar que dentro de la cultura literaria india de la época, se encontraban gran cantidad de obras provenientes del latín, griego y aún el toscano. A lo anterior podemos agregar que la forma de enseñanza se basaba en el conocimiento del latín a partir de la lectura, la escritura e incluso la versificación; después del estudio de la gramática latina y sus adyacentes (retórica y poética) se agregaba la formación filosófica. Tenemos certeza de la utilización de los siguientes textos:

Historia Natural de Plinio.

La Gramática de Nebrija.

Las Oraciones, De Oratore y De Oficis de Cicerón.

La Lógica de Aristóteles.

La Ciudad de Dios de San Agustín.

Además del conocimiento de otros autores como: Suetonio, Quintiliano, Plutarco, Flavio Josefo, Jerónimo, Cipriano y Ambrosio.

De lo anterior podemos rescatar dos características principales que nos permitan delinear una silueta de los “colegiales”: la primera, su formación de profundo contenido europeizante —aunque más precisamente cristiano-helenístico— y la segunda, que se trata de individuos provenientes del grupo de los llamados “principales” que alcanzaron a desempeñar funciones administrativas (caso de los rectores) dentro de lo que el nuevo bloque dominante español podía permitir.

A fin de poner en evidencia la lógica de la crítica histórica, simplemente señalaré algunas diferencias y contradicciones entre ambos textos:

Sahagún titula el Libro Doceno: “*Que trata de la Conquista de México*” que, además de poseer una sugestiva similitud con el de la “*Conquista de Jerusalén*” (lo que nos abre la puerta a otro trabajo de comparación), nos está destacando el hecho de la

⁷ Ixtlilxochitl, Fernando de Alva “Compendio histórico del Reino de Tezcoco”; *Obras históricas*; Tomo I; U.N.A.M., México 1975.

Conquista en desmedro del de la defensa; es decir se está subrayando el hecho heroico español sobre el indio: esta perspectiva, tal vez inconsciente, no la hallamos en la traducción directa del náhuatl cuyo libro Doce está titulado: "*En él se dice cómo se hizo la guerra en esta ciudad de México*"; la diferencia es obvia; los colegiales no destacan la perspectiva española, sino que hablan genéricamente de "la guerra" y con ello se sobreentiende a ambas fuerzas.

El texto náhuatl intitula el Capítulo XI de esta manera: "Allí se dice de como los españoles llegaron allá a Tlaxcala: la que se llama Texcala" (subrayado del autor). De este modo los colegiales rectifican el error español de llamar Tlaxcala a Texcala y a través de la rectificación se reafirman culturalmente. Sin embargo Sahagún traduce: "De cómo los españoles llegaron a Tlaxcala, que entonces se llamaba Texcalla", subrayando a través de la utilización del pasado, la modificación toponímica impuesta por el conquistador.

Otro ejemplo significativo en la variación u omisión de los nombres de lugares los tenemos en los respectivos títulos del capítulo XII:

En Sahagún se lee: "De cómo Mochtezucoma envió a uno muy principal suyo con otros muchos principales que fueron a recibir a los españoles, y hicieron un gran presente al Capitán en medio de la Sierra Nevada y el volcán".

Los colegiales escriben: "Allí se dice cómo Mochtezucoma envió como mensajero a cierto hombre, gran personaje, y otros muchos principales a que fueran a encontrar a los españoles, y en qué forma los saludaron, con qué modo dieron al capitán la bienvenida en medio del *Iztactepetl* y el *Popocatepetl*".

Podemos observar en los textos algunas clásicas modificaciones del sentido original del documento a través de: *omisiones*, *agregados* e *interpolaciones*.

He aquí algunos ejemplos de omisiones e interpolaciones:

Dicen los colegiales en el Capítulo XI: "Les dieron a los españoles banderas de oro, banderas de plumas de quetzal, y collares de oro. Y cuando los hubieron dado esto, se les puso risueña la cara, se alegraron mucho, estaban deleitándose. Como si fueran *monos* levantaban el oro, como se sentaban en ademán de gusto, como se les renovaba y se les iluminaba el corazón. Como que cierto es que eso anhelan con gran sed, se les ensancha el cuerpo por eso, tienen *hambre furiosa* de eso. Como unos *puercos hambrientos* ansían el oro." (p. 770).

Veamos de qué manera expresa Sahagún tan sugestiva escena:

"... allí los recibieron y presentaron el presente de oro que llevaban, y según que a los indios *les pareció* por las señales exteriores que vieron en los españoles, holgaron y regocijaronse con el oro, mostrando que lo tenían en mucho. . ." (p. 733).

Es claro que Sahagún introduce una doble manipulación al omitir por un lado las incisivas alusiones de los colegiales y por otro lado al interpolar en el texto la duda de la veracidad de lo dicho, al relativizar las aseveraciones con el "les pareció".

Encontramos el mismo procedimiento en el Capítulo XVIII. Según el texto náhuatl: "Yan enseguida a la casa de almacenamiento de Mochtezucoma. . . Tal como si unidos perseveraran allí, como si fueran *bestezuelas*, unos a otros se daban palmadas: tan alegre estaba su corazón.

Y cuando llegaron, cuando entraron a la estancia de los tesoros, eran como si hubieran llegado al extremo. Por todas partes se metían, todo *codiciaban* para sí, estaban dominados de *avidez*. . . Todo lo cogieron, de todo se adueñaron, todo lo arrebataron como suyo, todo se apropiaron como si fuera su suerte." (p. 777).

Esta escena la describe Sahagún sin calificativos tan denigrantes como *bestezuelas*, eliminándose igualmente las denuncias de *avidez*, *codicia* y *robo*, veámos:

"... y iban los españoles muy regocijados por pensar que allí hallarían mucho oro, y llegando luego sacaron toda la recámara del mismo Mochtezucoma donde había muchas joyas de oro y plata, y de piedras preciosas, y todo lo tomaron. . ." (p. 737)

Analicemos un ejemplo de agregado:

El agregado es una deformación del texto en forma más clara que el simple interpolado, el cual sólo intenta modificarlo a través de recursos elementales como el cambio de puntuación o el insertar palabras o frases. Por el contrario el agregado implica la introducción de trozos nuevos que evidencian de manera precisa la intencionalidad y direccionalidad de la maniobra de quien lo realiza.

El siguiente agregado de Sahagún (que obviamente no se encuentra en el texto de los colegiales), nos da una clara referencia de la posición ideológica del autor frente al hecho de la Conquista:

Capítulo XXXIX: "... De las cosas arriba dichas, parece claramente cuanto temporizó y disimuló el capitán D. Hernando Cortés con estos mexicanos por no destruir del todo ni acabarlos de matar:

porque según lo de arriba dicho, muchas veces pudieron acabarlos de destruir, y no lo hizo, esperando siempre a que se rindiesen, para que no fuesen destruidos del todo.” (p. 754).

Para finalizar el análisis y ejemplificación de los procedimientos debemos esbozar la *crítica por contextualización*; para ello tomaremos a otro cronista que nos ofrece excelentes posibilidades en este sentido. Se trata de Fernando de Alva Ixtlilxochitl. Aunque algo posterior a los colegiales (fines del XVI y principios del XVII), lo dicho sobre la formación de estos es válida para Fernando Ixtlilxochitl que también fue estudiante del Colegio de Santa Cruz de Tlatelolco. Manifiesta descender del señor de Tezcucoc, Ixtlilxuchitl, uno de los principales aliados de Hernán Cortés; su obra será en parte una reivindicación de sus antepasados unida al reclamo de sus “derechos” usurpados.

De esta manera explicita su objetivo: “Mi intento no es sino de hacer historia de los señores de esta tierra, especialmente de Don Fernando Ixtlilxuchitl y de sus hermanos y deudos, que están muy sepultados sus heroicos hechos, y que no hay quien se acuerde de ellos y del ayuda que dieron a los españoles. . .” (p. 496).

“Y a tiempo que era ya muerto (Ixtlilxuchitl) y sus herederos muy niños, especialmente Doña Ana y Doña Luisa que eran sus hijas legítimas pequeñitas y que no tenían a nadie de su parte, se quedó sepultado y sus descendientes pobres y arrinconados que apenas tienen casas en que vivían y ésas cada día se las quitan” (p. 493).

Es manifiesta en Ixtlilxochitl una marcada ambivalencia en lo que respecta a su relación con lo indio y con lo español; por un lado a mayor lejanía temporal de la Conquista, el proceso de internalización de los nuevos elementos culturales será más profundo, pero a la vez será más clara la actitud española de desplazar al elemento indígena o mestizo de la estructura de poder, aún cuando se trate de sus antiguos “aliados” de Conquista.

Esto se manifiesta en una aparente triple contradicción del discurso, que sin embargo adquiere coherencia y sentido en función del contexto histórico en que se sitúan el autor y sus objetivos:

1. Es clara la validación ideológica global del hecho colonial, ya que la referencia a la llegada evangélica y la presencia divina cristiana en lo acontecido es permanente: los “hijos del sol nos trajeron *la luz verdadera*, la salud de nuestras almas y la vida eterna.”

2. A pesar de lo anterior no cesa en sus acusacio-

nes en contra de la actuación “humana” y por lo tanto falible, pecaminosa e injusta de esos hijos del sol: los conquistadores.

3. Se busca a través de la apelación a la metrópoli, al rey, la “restitución” de lo que los “malos cristianos” en la Colonia les han usurpado. Para Ixtlilxochitl está claro que el grupo español dominante no es homogéneo e intenta, percibiendo una fisura entre peninsulares e indios, incidir sobre ello a fin de obtener un lugar dentro del bloque dominante; veamos en concreto la propuesta del autor:

“. . . ; y Ixtlilxuchitl, desde que salieron de Tezcoco Cortés y los demás, vino con ellos y se halló personalmente en todos los ochenta días que duró la guerra de México sin faltar uno tan sólo, siendo el primero en todas las ocasiones como buen capitán, arriesgando su vida muchas veces por librar a los españoles de sus enemigos los mexicanos, que si no fuera por él y sus hermanos, deudos y vasallos, hubo ocasiones en donde podían matarlos sin que quedase uno tan sólo. . . , y me espanta de Cortés que, siendo este príncipe *el mayor y más leal* amigo que tuvo en esta tierra, *que después de Dios* con su ayuda y favor se ganó, no diera noticia de él y de sus hazañas y heroicos hechos siquiera a los escritores e historiadores para que no quedaran sepultados, ya que *no se dio ningún premio*, sino que antes *lo que era suyo* y de sus antepasados *se les quitó*, y no tan solamente esto, sino que aún unas casas y unas pocas de tierras en que vivan sus descendientes aún no se las dejaron, lo cual *si diera aviso de todo ello al emperador* nuestro señor, yo entiendo que no tan sólo *le confirmara lo que era suyo* y de sus antepasados sino que le hiciera muchas mercedes y muy señaladas: . . .” (pp. 467-468).

Los tres puntos enunciados y que se expresan claramente en el trozo, constituyen un cuerpo de hipótesis a partir de los cuales podemos repensar la conformación de la nueva sociedad colonial a partir de la Conquista; sin embargo la intención es simplemente dejar abierta la problemática a la investigación histórica y retomar algunos de los planteamientos del propio Ixtlilxochitl que nos permitan comprenderlo. La misma problemática, pero elaborada en términos de mayor exquisitez literaria, la encontramos en un trozo que estimo valiosísimo pues, además del planteamiento ideológico-político encontramos, al analizarlo, una gran cantidad de modelos culturales europeos que Ixtlilxochitl refuncionaliza como “indígenas”. El relato se sitúa en la descripción de la escena que habría motivado a Cortés a

asesinar a los vencidos "señores" de Tenochtitlan, Tlatelolco y Tezcuco (este último estrangulado, sería el hermano-enemigo de Ixtlilxuchitl a la vez que antepasado de Ixtlilxochitl) durante la frustrada expedición a las Yhueras. La situación es que luego de largas privaciones en las que comen mejor los "caballos que los reyes", se les comunica a los principales prisioneros que la expedición no continuará su marcha. lo que les produce una profunda alegría manifiesta en un diálogo que, al ser tomado por Cortés como una confabulación, los llevará a la muerte. No nos interesa acá tratar acerca de la veracidad histórica del hecho sino ver el funcionamiento de los modelos internalizados, a través de la contextualización. Aunque algo extensa, la cita reúne suficientes méritos para transcribirla de manera completa.

"Cortés les había dicho que desde Acalan se habían de volver sin pasar más adelante y así estaban todos contentos, y los reyes estaban en buena conversación burlándose los unos a los otros. Coluanacochtzin dijo al rey Quauhtemoc entre burlas y chocarrerías: "señor, la *provincia* que vamos a conquistar será para mí, pues como sabe *vuestra alteza*, que la ciudad de Tezcuco y mis reinos son siempre preferidos en todo según las leyes de mi abuelo Nezahualcotzin sobre las capitulaciones que hizo con su tío Izcohuatzin antepasado de vuestra alteza." Respondió riéndose el rey Quauhtemoc: "en estos tiempos, señor, sólo nuestros ejércitos iban y era bien que fuese primero para vuestra alteza pues la ciudad de Tezcuco es nuestra antigua patria, y de donde procede nuestra estirpe y linaje, más ahora nos ayudan nuestros hijos del sol; por lo mucho *que mi me quieren*, será para mí *corona real*." Saltó Tetzlepanquetzatzin y dijo: "no señor, y ya que va todo al revés, sea para mí, pues Tlacopan y el reino de los tepanecas *era el postrero* en las reparticiones, *será ahora el primero*. Temilotzin, general del reino de México y uno de los grandes y el más principal, que se intitulaba tlacatécatl respondió suspirando y dijo: "¡ah señor! cómo se burlan vuestras altezas sobre *la gallina que lleva el codicioso lobo* y que no hay cazador que se las quite, o como el *pequeño pollo* que se lo arrebató *el engañoso halcón* cuando no está allí *su pastor*, por más que lo defienda la madre como lo ha hecho mi señor el rey Quauhtemoc (que) como buen padre defendió su patria, pero el *imperio chichimeca careció de la paz y la concordia* que es buen pastor en los reinos, y *nuestra soberbia y discordia* nos entregaron a manos de estos extranjeros para *padecer los largos y ásperos caminos*, las hambres, fríos y

otras mil calamidades que padecemos, *desposeídos* de nuestros *reinos y señoríos*. . . pero todo lo podemos dar por bien empleado, pues *estos nuestro amigos*, los hijos del sol, *nos trajeron la luz verdadera, la salud de nuestras almas* y la vida eterna que tan lejos estábamos de ella, gozando la gloria del mundo con las *horribles tinieblas*, haciendo lo que *nuestros falsos dioses* nos mandaban, sacrificando nuestros *prójimos*. . . íbamos en los *abismos del infierno*. . . y hagamos lo que hace Ixtlilxuchitl que no verán vuestras altezas señal de tristeza en su rostro, y e^l primero en los trabajos, que por esta buena ley *ti* olvidada su patria, deudos y amigos, y oigan *atentamente a los sacerdotes cristianos* y verán como *esto que digo* ser todo verdad, cuando nos predicán por lengua de los frailes." Otras muchas razones dijo este señor, de lo cual se enternecieron todos y les dieron las gracias de sus buenos consejos. Otros señores estaban en esta plática, que por todos serían hasta nueve, dieron también sus razones y se holgaron, *y cantaron romance*, para este propósito, y que profetizaban todas las cosas que ellos veían y padecían, compuesta por los filósofos antiguos." (pp. 501-502).

A partir de los subrayados surgen claramente algunos de los modelos utilizados por el cronista:

La escena está compuesta como una verdadera pieza teatral; el primer momento es la presentación de los personajes, que exponen el nudo de sus tragedias, planteando así a través del diálogo (instrumento literario fundamentalmente dramático) la médula del conflicto; se cierra la escena con una voz que llama a la serenidad y a la concordia con el acuerdo de todos, el desenlace es un cántico de paz. La estructura manifiesta claramente un dominio que nada envidia a los dramaturgos de su época, y en particular del género de los autos sacramentales de los que al menos uno fue traducido por Ixtlilxochitl.

También se hace evidente una categorización de la sociedad de acuerdo a los parámetros europeos a través de la utilización de términos como: rey, reyes, vuestra alteza, señoríos, provincia, corona real, imperios, patria, etc.

Encontramos metáforas extraídas sin duda de textos religiosos tales como "era el postrero en las reparticiones será ahora el primero" que es una clara refuncionalización del "los últimos serán los primeros", o en frases que retoman imágenes bíblicas de "pastor de reinos" o los conceptos cristianos de "prójimo" y "abismos del infierno".

Incluso llama la atención del lector el elegante manejo del humor en toda la pieza y en particular la



fina ironía que pone en boca de Quauhtemoc al referirse al trato que le prodigan los españoles: “más ahora nos ayudan nuestros hijos del sol; por lo mucho que a mi me quieren”; difícilmente podemos imaginar al personaje que poco después sería estrangulado, utilizando giros expresivos que pertenecen evidentemente a concepciones europeas.

Otro tipo de modelo literario utilizado es el de la fábula europea: lo vemos en las comparaciones de lo acontecido a la gallina, el lobo y el cazador o al pollo y el halcón; como corresponde al estilo literario de estas situaciones se sacan las consabidas moralejas de lo que sucede a los soberbios, los que carecen de concordia y de paz. Y es justamente esta situación de padecimientos y males lo que posibilitará la purificación del pecado de haber obedecido a los antiguos “falsos dioses”. El mecanismo pecado-culpa-castigo-perdón, está claramente esbozado y permitirá a un Ixtlilxochitl, liberado ya de los culpas de sus ancestros a través de los sufrimientos de estos, convertido y de origen “noble”, la fundamentación teológica de su “igualdad” con los cristianos españoles. De esta manera podrá exigir la reparación de la injusticia cometida en la desposesión de sus bienes, tierras y casas.

Para concluir estimo convenientes algunas observaciones que surgen de lo acotado. Está claro que los textos mencionados poco nos informan sobre el hecho del que dicen hablar: la Conquista; los colegiales cercanos en el tiempo, pero con un importante grado de distancia cultural por su formación europea, tal vez son los que mayores datos al respecto nos pueden brindar, pero su relato no puede ser considerado en absoluto una “visión indígena” de la Conquista en términos de la conversación de una “pureza esencial y prehispánica”. Más bien nos informan sobre ellos la educación adquirida, la viva tensión entre el pasado muy inmediato y la nueva realidad histórica que ha modificado definitivamente y en forma progresiva la totalidad de la sociedad india, generando por consiguiente productos humanos nuevos.

Sahagún todavía nos informa menos sobre la Conquista, pues lo que el fraile realiza es un claro reprocesamiento de la información obtenida desde la única óptica que le era posible: la de un sacerdote franciscano del siglo XVI que no vivió la Conquista y que llega a Mesoamérica con un proyecto evangelizador. Por su parte Ixtlilxochitl, a casi un siglo de distancia de los acontecimientos, nos relata una historia que difícilmente puede proporcionar información acerca de la Conquista.

Estas aseveraciones nos remiten a la pregunta: si las fuentes no nos informan sobre lo que dicen hablar, ¿cuál es el aporte que realizan?

Para responderla parto de la siguiente premisa: la perspectiva y el punto de vista que puede expresar cualquier hombre van a estar permeados de los elementos culturales, geográficos, lingüísticos, de pertenencia a grupos (familiar, profesional, de sector, de clase) etc. de una determinada época; es decir van a estar determinados históricamente y no van a tener otra posibilidad que la de hablarnos *desde y de* su momento y su situacionalidad. Es así que Ixtlilxochitl si sabemos preguntarle sobre determinadas problemáticas, nos habla de la colonia y el hombre de principios del siglo XVII; Sahagún y los colegiales nos ofrecen la posición que distintos actores y grupos sociales tenían frente al hecho de la instauración colonial española. En definitiva esto significa que, pese a todas las limitaciones anunciadas, e incluso tal vez a pesar de ellos mismos, los cronistas, si sabemos cuestionarles, nos otorgarán información que nuestro presente les pide y que probablemente nunca pensaron ofrecer de manera consciente.